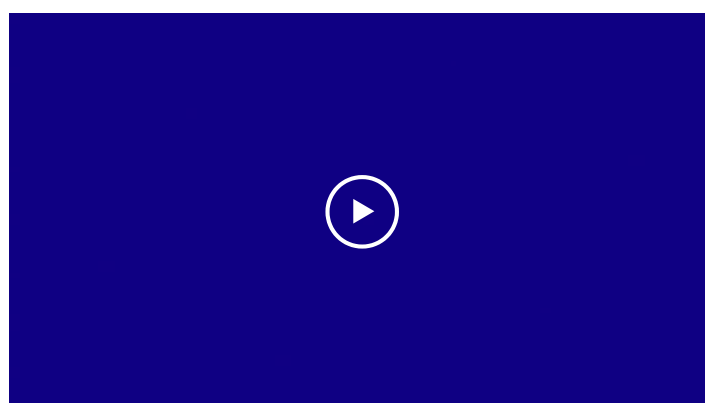
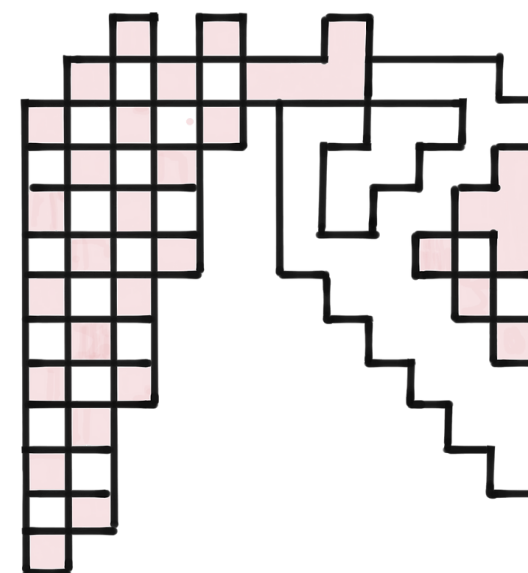


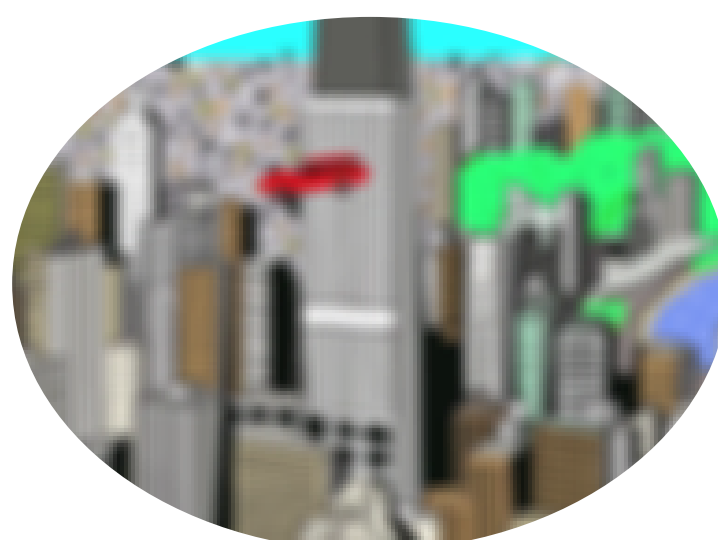


Es el año 2005, mi padres están muy entusiasmados por el campamento de fútbol que será este año en Florida, en una pequeña comunidad a dos horas de Miami. El plan no me desagrada salvo que durante dos semanas tendré que entrenar en una cancha de fútbol con otras personas de mi edad, correr y saltar hasta que ya no pueda mover los pies. Mi condición física no es mala, pero estoy gordito y soy una persona que en el ámbito de la perseverancia y esfuerzo me limito a dar lo suficiente a menos de que tenga una recompensa. Mi único alivio es que por primera vez iré a Estados Unidos. Me genera curiosidad saber si aquel país es como lo muestran en el cine y en las series de televisión, comprobar si la vida cotidiana de los protagonistas es tan maravillosa porque a pesar del problema que se les presente, siempre encuentran una solución con la ayuda de sus inseparables amigos. Pasarán, sin embargo, ocho años para que conozca más allá de la superficie que suele ser presentada al turista que va a Estados Unidos que visita Disneyland, por lo pronto, tengo que correr diez vueltas a la cancha seguido de cincuenta sentadillas y veinte lagartijas.



En las subsecuentes visitas a Estados Unidos, fui a algunas ciudades, o más bien a los grandes malls en San Antonio, o McAllen, donde una de las misiones principales era encontrar en una tienda de ropa de oferta, descuentos que realmente valieran la pena. Una de las grandes satisfacciones era encontrar una camisa Ralph Lauren al 70% de descuento, o los tenis Jordan que ni siquiera en el mercado se encontraría a ese precio. Siempre íbamos mi madre y yo a los malls, mientras que mi padre se quedaba en México, como aquella vez que se despidió en la frontera mostrando una sonrisa a medias porque, aunque él no lo admitiera, le ponía un poco triste el hecho de que se tuviera que quedar en la frontera. Pero siempre decía lo mismo: "no quiero sacar la visa porque es aburrido Estados Unidos."

Esos años de frenética adicción a las tiendas americanas se terminaron cuando mis padres decidieron separarse, mi padre salió de casa y mi madre se dedicó a trabajar más que nunca; en mi caso, ya no quería estar encerrado en mi cuarto, entre cuatro paredes vacías que me asfixiaban y me llevaban a recordar las discusiones de mis padres que se convertían en gritos y después en golpes. Quería que mi mente estuviera en otra parte, en otra dimensión donde los pensamientos fluyeran con mayor libertad. Descansar era lo que buscaba, pero no necesariamente vacaciones en una playa, acostado en el camastro bebiendo una piña colada sin alcohol; quería conocer algo nuevo, intuía que lo que necesitaba era estar solo, lejos de mis padres. Empecé entonces un viaje de dos meses al Sureste de Estados Unidos, principalmente California y Arizona. En mi arrogancia, creía que ya conocía aquel país, que ya conocía aquella gente, su cultura. Ya lo había visto todo en sus películas de Hollywood, en las revistas de moda, en la música que escuchaba.



Primero, me quedé dos semanas en San Francisco, en la casa de una amiga de la infancia de mi mamá, Chagua. Fue catastrófico. Al cabo de una semana, la tensión entre ambos iba creciendo hasta que una noche llegué a su casa sin saber que estaba puesta la alarma, y que en última instancia, despertó a los vecinos de la cuadra. Tuvimos una fuerte discusión, yo estaba borracho y tenía tanto enojo guardado que creí que ese momento era el idóneo para expresarlo. Al otro día, con un gran sentimiento de culpa, me fui a un hostel en la calle de Broadway Street, muy cerca del Beat Museum, a una calle de Chinatown. Estaba un poco triste, un poco arrepentido y un poco solo (Eso era lo que yo quería, ¿cierto?) Tenía miedo, pero no lo quería admitir, así que bebí con unas personas que conocí en el hostel. Después fuimos a un bar y en algún punto los perdí, o fui yo el que me perdí, no lo recuerdo bien. A pesar de todo, en la calle encontré consuelo. Por la noche era cuando el espectáculo visual se tornaba más interesante:



los vagabundos fumando marihuana, las prostitutas escondidas bajo las luces de los faros, jóvenes caminando, fumando despreocupados por llegar a algún lugar. Era evidente el cambio de esta calle con las demás. De la acera se emanaba un olor a meados y los anuncios de los establecimientos brillaban con más intensidad, era inevitable no voltear a verlos, maravillarse con la belleza, aún sabiendo que se trataba de un anuncio de un establecimiento de pizzas, o de un bar medio vacío que solo frecuentan escritores como Bukowski o Jack Kerouac. En aquella época, quería ser como ellos: rebelde, intransigente, terco y escribir poemas a las tres de la mañana. Así que en mi estado embriagante intentaba captar algo de la atmósfera, esa publicidad, imágenes y mensajes que niño siempre veía en la televisión y que al mismo tiempo negaba porque en alguna parte, quizá en las clases de historia, había leído que los mexicanos estamos más influenciados por el mestizaje de los españoles y culturas mesoamericanas, pero ya desde hace mucho tiempo la cultura americana se había apropiado de nuestra vida cotidiana. Regresé después de un buen rato, menos triste, con ganas de escribir al cuarto del hostal.

Johnny lo hace muy bien cuando se trata de relatar imágenes. Es una forma directa y honesta de percatarse de nuestra influencia de la cultura americana en la vida cotidiana. *Everyday Life*, es el título que se muestra al principio de su video. En él, se despliegan imágenes, comerciales publicitarios, comida, obras de arte, música- sobre todo la música- que desde el principio me recordaron la cercanía cultural que hay entre el un niño de 10 años que vive en un departamento en Los Ángeles con su playera de las Chivas y otro niño en la Ciudad de México que está mirando en la televisión *Los Rugrats* mientras come *Choco Crispis*.

Cuando regresé a la Ciudad de México, después de esas experiencias juveniles en Estados Unidos, tenía una extraña sensación de que algo había cambiado, pero sabía muy bien que en dos meses la ciudad no se transforma de forma súbita. La vida cotidiana es un extenso tejido que se entremezcla, aunque nos guste o no, tenemos que usarlo para poder sobrevivir.

Artista: Johnny Video Ig: @johnny_video
Por: Gustavo Maldonado

